

Cuatro Centenarios

ESTE año de 1943 es particularmente pródigo en celebraciones de orden musical. Cuatro grandes creadores, entre otros, cumplen su ciclo centenario:

Claudio Monteverdi, Girolamo Frescobaldi, Antonio Vivaldi y Luigi Boccherini. Verdaderos creadores en el sentido auténtico de la palabra, pues cada uno de ellos inicia un período en la evolución de la sensibilidad humana y fijan el canon de nuevas técnicas y de nuevas maneras en el espíritu musical.

Claudio Monteverdi, (1567-1643) conocido por el público argentino, es él consolidador del arte lírico moderno. Siete años después que la "Camerata fiorentina" había dado al mundo el prodigio de la nueva forma de un teatro totalmente cantado, teatro en el cual se sumaban al más poético retorno al recuerdo pagano las más vivas intuiciones de todas posibilidades modernas, siete años después de esa inauguración ideal en el espíritu de Occidente. Monteverdi da al mundo su primera obra: "Orfeo" (1607). En ella se plasma el tipo definitivo de aquella revolución sensitiva italiana que a través de las edades iba a seducir a tantos genios de toda nacionalidad e iba a ofrecer a cada generación el asombro de tantas obras maestras, desde Lulli a Debussy, desde Mozart a Wagner, desde Cavalli a Verdi. Creador múltiple; propulsor infatigable; atisbador de futuros, Claudio Monteverdi todo lo anticipa y todo lo plasma. Comenzando por el recitativo trágico que hallará sus sucesores en Gluck, Bellini, Wagner, Debussy; continuando con la renovación armónica en la cual introduce de lleno el sentido de la disonancia, anticipándose así a las novedades de Scarlatti, Bach, Chopin, Musorski, y definiendo un nuevo tipo de hábito expresivo melódico, en el que se halla latente la limpidez de Bellini, la profundidad de Schumann, la fuerza de Wagner y la espacialidad de Debussy, todo se intuye y todo se plasma en el genio universal

y fáustico de Monteverdi. Es también el creador del concepto instrumental moderno, introduciendo el violín como elemento expresivo, abriendo con ello el horizonte infinito de nuevos timbres orquestales. Agrega el timbal a la orquesta y da a cada instrumentos su calidad psicológica, haciendo de los cobres, como Wagner, los agentes de lo heroico y de la flauta y el oboe la representación de lo agreste y lo pastoril. Su instrumentación anticipa en dos siglos el ideal de timbres yuxtapuestos de un Musorski y el divisionismo sorprendente y luminoso de un Debussy. A Claudio Monteverdi se le llamó universalmente en vida: Apolo Musageta; y justamente, se le llama en la inmortalidad, el Divino.

Girolamo Frescobaldi, (1583-1643) fué el creador de la música pura moderna, es decir de la música instrumental. Antes de él los geniales ensayos de Andrea y Giovanni Gabrieli y los del padre de Galileo Galilei, Vincenzo Galilei, preparan el advenimiento de esta nueva forma metafísica de la música. Frescobaldi, tiende un puente entre las más puras sensaciones eclesiásticas medievales y las más individualistas expresiones modernas y forja el estilo instrumental. Su fama como creador de la técnica del órgano y como virtuoso de dicho instrumento fué tanta, que cuando fué nombrado primer organista de la cristiandad en la Basílica de San Pedro en Roma, aseguran las crónicas que treinta mil personas se congregaron bajo la estupenda cúpula de Miguel Angel para oírlo. Su gravitación en la historia de la música es imponderable. Con él estudió Froberger, punto inicial de la incipiente música alemana, y de él aprendió y recibió secretos de inmortalidad el más representativo de los músicos alemanes: J. S. Bach. Bach amó desde niño las composiciones del gran genio italiano y las copió a la luz de la luna, y ese amor lo acompañó durante toda su vida. Desde 1703 a 1712, período llamado de Weimar en la vida de Bach, éste toma su esencia inspi-

rativa y constructiva de las obras de Frescobaldi y en el período siguiente. Bach copia de su puño y letra las cien páginas de los "Fiori musicali" que Frescobaldi había publicado en 1635. El amor de Bach por la obra de Frescobaldi demuestra hasta qué punto es fecunda su influencia y qué lugar ocupa en el desarrollo del espíritu humano.

Antonio Vivaldi, vivió en el siglo XVIII. Es incierta aún la fecha exacta de su nacimiento (¿1675?) y de su muerte que se da como muy posible en 1743 y partiéndolo de tal información se le celebra en este año, aunque ya fué celebrada anteriormente en otras partes del mundo. La figura de Vivaldi, compendiadora y creativa, fusionadora y germinal inspirará a los más grandes genios europeos y se proyectará hacia el futuro como una de las expresiones más puras, luminosas y ricas del genio mediterráneo. Cuando Vivaldi aparece, Corelli, había ya cumplido un ciclo creativo en la historia de la música: el de la vertebración definitiva de la sonata clásica. Vivaldi abrirá uno no menos fecundo y no menos difícil: el período del "concerto". La visión de la música de cámara que se tenía en el 1600, empieza con Vivaldi a ampliarse y del dúo y del pequeño conjunto señorial e íntimo se llegará, gracias a él, a la combinación polinstrumental que fijará la base de la organización total del género sinfónico futuro en todas sus posibilidades. No en balde lo ama, lo asimila y lo copia el genio extraordinario de J. S. Bach; lo sigue Haendel en la música evocativa; Leclair, creador de la escuela violinística francesa lo toma por modelo, mientras Quantz lo estudia y Sammartini y Stamitz tomarán de él todas las reservas para conformar el gran sinfonismo alemán. En Vivaldi se centraliza entonces todo el proceso creativo del siglo XVIII y se definen las posibilidades de una nueva expresión, desde el "duetto" al sinfonismo.

El último de los cuatro recordados es Luigi Boccherini, (1743-1805). El lugar de Boccherini en el desarrollo de la música instrumental es de tal importancia y de tal proyección que aún hoy se siente el poderoso efecto de su contribución y de su innovación en tal arte. Creador del sentido pianístico antes que Clementi, no sólo lo anticipa y lo prepara sino que anticipa la

belleza formal e ideal del estilo de Mozart y lo antecede en la sensación de lo puro, de lo aéreo y de lo intangible en la intuición de la plasticidad fónica. Propulsor de la técnica moderna del violoncelo, no solamente libra a este instrumento del vasallaje del bajo continuo, dándole oportunidad de canto, más lo eleva al rango de instrumento solista dando así a la evolución musical un nuevo agente de manifestación expresiva y ampliando las posibilidades futuras de la orquesta y de los timbres modernos: inaugura con ello Boccherini una nueva posibilidad de color y de emoción en la voz vibrante y viril, íntima y sincera como una confesión viva de este instrumento nobilísimo y cálido que dará tanta sugerencia pasional a la instrumentación romántica de Wagner. Pero no terminan allí los méritos de Boccherini, uno más grande y más eterno hay aún: él de la creación del cuarteto de cuerda moderno. Antes de él la escuela de Mannheim elabora la llamada "sinfonía a cuatro" en la cual las intuiciones sinfónicas de Sammartini se rehacen y se refunden, pero en las cuales nada nuevo aparece, sino la posición teórica y la tradición mal embozada de creación; son aquellas de la escuela de Mannheim composiciones en la cual está latente aún la escuela italiana de fines del 1600 con las influencias más vibrantes y activas de los primeros lustros del 1700 italiano, pero en ellas la unidad de estilo, la organización arquitectónica, el equilibrio formal y la vena creativa son episódicos y desconectados. Boccherini, ya a los diez y ocho años de edad crea el cuarteto moderno con tal visión y tal seguridad que lo apartan de los cultores de la escuela de Mannheim, entre los que se encuentra el mismo Haydn, a los que supera y anula. Es una verdadera creación en el espíritu humano. Cuatro instrumentos

Conservatorio Scaramuzza

LAVALLE 1892

BUENOS AIRES

afines que van a crear una nueva sensación coral, que van a crear un nuevo estado del lirismo sonoro, que van a crear en suma, un arte nuevo dentro de un arte que tiene apenas un siglo y medio de vida, el arte metafísico y sublime de la música pura. Y si antes Frescobaldi había consolidado la invención de la música a teclado, y si unas décadas antes Corelli había fijado las posibilidades lógicas y deductivas de la música violinística, y poco antes Vivaldi había construido la potencia de la música polinstrumental, ahora Boccherini, consolidando las posibilidades técnicas y expresivas del cuarteto de arcos, abría un camino tan infinito y tan fecundo para la música que diríase que gravita sobre él toda la arquitectura de la música moderna como base y como esencia. En verdad él establece, como antes Frescobaldi para el órgano, Corelli para el violín y Vivaldi para el "concerto grosso", la unidad conceptual del cuarteto de cuerdas y hace que

la composición funda en los diferentes tiempos la esencia de un solo concepto, el estado de una sola posición anímica. Y así como antecede a Clementi y a Mozart en el estilo pianístico, así ahora antecederá a ellos y Haydn, en el sentido de la construcción instrumental, en el sentido de la disposición moduladora y en el sentido de la solución sostenida y expresiva de una nueva sensibilidad melódica. Sus cuartetos marcan un punto de partida en la constitución estilística de la música pura y en la construcción de sus conciertos hay diseminados aquí y allá atisbos de conmociones beethovenianas y preanuncios de un sano y espontáneo romanticismo.

Tales son, en una síntesis más que lineal, las características de estos cuatro creadores, que el mundo musical argentino se dispone a celebrar con la devoción y la admiración que merecen.

Juan Francisco Giacobbe.